

EL PRIMER AMIGO DE SIMÓN BOLÍVAR

ALBERTO MIRAMON



El padre no fue el primer compañero de Simón Bolívar, como de ordinario suele ocurrir a la mayoría de los infantes. A la tierna edad de tres años, tuvo la desgracia de perderlo: faltóle, por tanto, el apoyo y dirección de ese ser que la niñez mira generalmente como una benévola deidad tutelar.

Es seguro, por otra parte, que en el ambiente de despego en que se desarrolló su infancia, inquiriría poco por el autor de sus días.

Escaso y sin relieve sería lo que la madre y los tíos contarían de él: apenas la fecha cuando nació, que viajó a España y vivió en ella largos años, que fue gran terrateniente, procurador y alcalde de la ciudad, que —pasados los cuarenta— casó con doña Concepción Palacio y Blanco “niña casi impúber fina y delicada quien, como todos los Palacios, tenía una marcada debilidad por el lujo, la vida regalada y opulenta, una religiosidad sin fanatismo, una gracia de maneras, una inteligencia viva y una sensibilidad ligeramente oculta”.

La historia es parca en detalles sobre los actos que ocurrieron en vida a don Juan Vicente Bolívar y Ponte, afirma perentorio uno de sus más conspicuos historiadores.... Acaso para el hijo, ansioso del paternal re-

cuerdo, datos ilustrativos del carácter y tendencias del genitor logró saber abundantemente por murmuraciones de la servidumbre o de los labios gruesos de los esclavos domésticos.

Don Juan Vicente fue hombre de singulares hábitos. Estuvo afiliado a cierta institución llamada “Los Caballeros de la Aventura”, y corrió su vida tan sin freno, con ardor y sin prudencia, que dejó bastardos a los que quiso con especial afecto y tuvo querellas con el propio arzobispo de Caracas por su desmedida codicia de la mujer ajena, adueñándose de ella aun con fuerza y violencia. “De público y notorio, vive, he oído —dice el ilustrísimo don Diego Antonio Díez Madronero— desarregladamente con mujeres....”.

Y, agrega Su Ilustrísima “que para conseguirlas se vale de su autoridad y poder”.

Al morir don Juan Vicente en 1785, arrepintiéndose como buen cristiano de los pecados de su mala vida pasada, dejó dispuesto que, para sufragio de su ánima, se dijeran dos mil misas.

La investigación del hombre a través de sus cristalizaciones particulares, constituye, según Ortega y Gasset, el nervio de toda biografía. Las de Bolívar mozo, son de gran valor ilustrativo.

La familia es la patria del corazón,

dijo Mazzini; pero ella no está compuesta necesariamente por el conjunto de seres en cuyo seno vimos la luz de la existencia. Es más, todo individuo, al alcanzar cierta edad, repele la influencia paterna, tórnase padre de sí mismo, para convertirse en algo diferente e independiente, en un ser nuevo. Este fenómeno, estudiado por los psicólogos modernos con cuidadoso interés, tiene, sin embargo, excepción especialísima en los huérfanos. Ellos buscan la compañía de aquellas personas que, en forma más o menos completa, reúnen características parecidas a la del genitor desaparecido.

Bolívar no fue en este punto una excepción. En la tan comentada carta fechada en Veracruz a 20 de marzo de 1799, primera que de su pluma se conoce, salta esta referencia:

“Espresiones a mis ermanos y en particular a Juan Vicente q. e. ya lo estoi esperando. a mi amigo D. Manuel de Matos y en fin atodos a quienes yo estimo”.

Esta indicación es valiosa para investigar las relaciones humanas de Bolívar en el populoso marco de criaturas que le rodeó siempre, tanto como para rastrear la manera como el rebelde temprano ha de convertirse, andando el tiempo, en activo revolucionario.

¿Quién era la primera persona que Bolívar recordaba con tan marcado afecto, par del fraterno, en la primera carta familiar que salió de su pluma inexperta e insegura, pero espontánea y sincera, a pesar de revelarnos ella el más lamentable descuido de su primera educación en ortografía, en léxico y en lo descoyuntado de sus períodos, conforme más de un autor le ha criticado? ¿Era acaso un compañero de juegos, el camarada de la misma edad y aficiones, uno de esos seres cual hermanos de espíritu que suelen a veces tener en la formación del niño, mayor influjo que aquellos

otros atados por los lazos de la sangre?

¿Qué motivos, qué causas tuvo tan manifiesta predilección? Las amistades más fuertes —aunque no a veces las más deseables— nacen mejor del contraste que de la identidad, como si cada amigo buscara en el otro su complemento y correctivo. Los datos que sobre don Manuel de Matos se han podido reunir, abren sobre la infancia de Simón una perspectiva histórica que está por estudiarse y en la que quizás se encuentre la raíz de más de una de las facetas de su carácter o el germen del súbito cambio de la personalidad, que a tantos historiadores suele sorprender.

No existía entre ellos aproximación de edades: el señor Matos era quince años mayor que Simón Bolívar. Pero en cambio, tenía la afinidad electiva del rango social y la riqueza. También tenían de común el fondo de rebeldía, similitud temperamental que es cual sustrato interno, íntimo, de muchas de las acciones de ambos.

Manuel Matos, por latente inconformidad con el medio, unida a un natural intrépido, fue —dice uno de los pocos autores que en él han reparado— uno de esos precursores de toda revolución a los que la historia olvida con cruel ingratitud. Rebelde perpetuo contra los métodos y las autoridades españolas. Caracas entera sabía sus tremendas diatribas con España y su régimen colonial. Pero no fue el único inconforme con la Madre Patria. Recuérdese que el padre del Libertador, don Juan Vicente Bolívar y Ponte, en unión con don Martín Toro y el marqués de Mijares, habían dirigido en 1792 una carta a Francisco de Miranda clamando por la independencia.

Para Simón Bolívar, muchacho incómodo y reducido a triste aislamiento, las palabras atrevidas que oía en su trato a don Manuel de Matos te-

nían extraordinaria fascinación. Ellas daban expresión confusamente a los revueltos anhelos de su alma y servían para alimentar subconscientemente la imagen del padre que apenas vagamente recordaba, pero que suponía rebelde y voluntarioso. El destino se encargaría después de que las pasiones arrebatadas de este amigo de la primera infancia, siguieran labrando su influencia sobre el carácter del mozo.

El 5 de julio de 1808 llegaba a Caracas un paquete de periódicos que contenía los últimos números del *Times* de Londres. Desde Cumaná, con un expreso fue enviado a don Juan de Casas, capitán general de Venezuela, por el gobernador de esa Provincia. Los periódicos llegaban directamente de la isla de Trinidad, posesión inglesa. Como el capitán general no conocía la lengua inglesa no pudo leerlos y los pasó para su traducción inmediata a su primer secretario que lo era don Andrés Bello. Este descuidó la tarea y solo al día siguiente, ante la demanda del superior, se entregó a ella.

Su espanto fue mortal. Desde las primeras líneas se dio cuenta del incomparable drama que había caído sobre España, sobre sus lamentables reyes y de remate sobre el mundo colonial americano. "Allí estaban relatados —naturalmente inyectados de veneno inglés— todos los extraordinarios acontecimientos ocurridos en Bayona, a principios de mayo pasado".

Sin perder un instante Bello vuela a la casa del capitán general, a quien va pasando cuartillas a medida que las va traduciendo. Este, fuera de sí, convoca en el acto al Consejo de Gobierno, y todos a una, despavoridos y desorientados no hallan otra solución que la de convenir en que aquellos extraordinarios sucesos eran falsos, simples maniobras de los ingleses para incitar a las colonias a levantarse contra Napoleón. "Como plan inmediato

de acción, se acordó uno muy cómodo y sencillo: guardar el más impenetrable silencio sobre las noticias recibidas".

Pasan algunos días. Pero en la noche del 14 de julio fondeaba en el puerto de la Guaira una corbeta de nombre "**Le Serpent**". Procedía de la Guayana Francesa y se dirigía a las costas de Tierra Firme con el trágico mensaje de la cesión hecha al Emperador francés Napoleón Bonaparte de la corona de España y sus dominios coloniales.

Con las primeras luces del alba del día 15, desembarcan el Teniente de Navío Pablo de Lemanon y su segundo Courtay. En el mutismo más absoluto toman el camino de herradura que conduce a Caracas, a donde llegan a medio día. Se desmontan en la posada denominada "**El Angel**", y sin perder momento, pues debían informar a estos pueblos antes de que los ingleses pudieran contradecirlos, sobre qué hombre tan magnífico era el hermano mayor del emperador, sobre quien había venido a recaer el trono de España, se encaminan a la casa del gobernador y capitán general. Con los documentos de la época —dice un historiador— puede trazarse el retrato de estos **dos franchutes**, como se denominaba a los franceses en estas regiones. Han atuzado sus mostachos hasta formar una media luna que arriesga a unirse con las cejas. Han peinado sus patillas, han quitado toda arruga a sus sombreros de tres picos, han dado a sus botas la brillantez de un espejo, se han colocado los rodachines más sonoros, han constelado su pecho de condecoraciones y cruzado el dolmán de fantásticas pasamanerías. Espada al cinto, fiera actitud.

De tal guisa cruzan las calles de la dormecida y solitaria ciudad colonial y tocan con imperio a la puerta de la gobernación. El infortunado capitán general, que apenas habla otra lengua

que la española, se confunde ante las hieráticas reverencias de sus visitantes, sin acertar a comprender sus palabras. Al fin aparece providencialmente su políglota secretario, don Andrés Bello, quien le va traduciendo en voz baja las palabras que le dirigen los marinos:

—“Doy a V. E. mis felicitaciones y a la vez las recibo, por el advenimiento al trono de las Españas y de las Indias de su Majestad José Bonaparte, hermano del Emperador de los franceses. Estos pliegos —y hace entrega de los que traía— impodrán a V. E. de todas las circunstancias de tan fausto acontecimiento”.

El capitán general se confunde “atornillado en su sillón, con niebla en los ojos y sumbidos de tempestad en los oídos, apenas alcanza a suplicar a Bello”:

—“Responda usted que me instruiré de estos oficios y transmitiré al señor (señalando a Lemanon) la determinación que yo adopte en vista de su contenido”.

La inesperada sesión ha concluido. Cuando los franceses salen el gobernador y capitán general no logra superponerse más, cae desmayado sobre una butaca y rompe en sollozos....

De regreso a la posada, los emisarios franceses, después de un almuerzo rociado con alguna botella de borgoña, hicieron leer a la puerta de la fonda algunos números de **“La Gaceta de Bayona”**, escritos en español, y en los que se relataba sucintamente los extraordinarios acontecimientos de la abdicación de los Borbones. La actitud agresiva, desafiante y fanfarrona de los oficiales franceses —nota un autor— debió sacudir en forma convulsiva los nervios de las gentes que iban agrupándose.

Diego Jalon, un capitán de artillería español, que escuchaba la lectura, no puede contenerse y apostrofa súbitamente a los franceses, quienes respon-

dieron con su acostumbrada altanería. La tempestad había estallado. Al capitán se une un alférez de milicias, un capitán de voluntarios y no tarda en hacerlo también don Manuel Matos y Monserrate, el amigo querido de Bolívar.

Pero Matos no se contenta con insultar a los extranjeros sino que alborota a la población con especies subversivas contra el gobernador y capitán general y demás autoridades de la Colonia.

Don Manuel tiene unos cuarenta años, una gran fortuna y un orgullo de raza que es la fibra más sensible de su carácter. Considera que descende de sangre real y cuando se le reprocha que ande por doquier vociferando contra las autoridades españolas, protesta enérgicamente ya que él “no trata con ninguna persona que no sea de las calidades de buen nacimiento conocido y probada buena conducta”.

Matos y sus compañeros fueron arrestados y se les siguió un largo proceso. A través de sus páginas y de la documentada obra **“La Revolución de Caracas y sus Próceres”** de don Andrés F. Ponte, se puede reconstruir con bastante exactitud el episodio y los sucesos consiguientes a él.

A sus compañeros de tumulto los apoda “insustanciales hombres”, que han cometido con él el imperdonable desacato de dejarle lo peor de las tres mulas que cabalgaban camino de la prisión de la Guaira “sin tener en cuenta las circunstancias características e integrables de mi persona”. Le han dejado también los peores arreos, una afrentosa silla de montar cuyo asiento era tan duro que le causó una úlcera en la entrepierna “con el monumentoso movimiento de la bestia”.

Para Matos —dice Vejarano— la gravedad del delito que se le imputaba era algo secundario. Lo fundamental eran los desacatos a su sagrada persona.

Este eufórico del linaje —sigue el autor citado— era además un eufórico escritor. Sus memoriales tienen una pomposidad y grandilocuencia que corren parejas con su inconmensurable extensión. Se le nota intoxicado por la literatura de la época, que produce en su sistema quizá mayores daños que sus males físicos. Y éste era el amigo de Bolívar a quien doblara en edad y a quien el héroe oía hablar en ese tono desde antes de cumplir los diez y seis años. "Ese odio del héroe por todo lo español y que fue el aguijón que le empujó en su carrera, tomó su primera simiente en el contacto con este desconocido y arrebatado personaje".

Si se compulsan con algún cuidado algunas palabras de Matos que se encuentran en el expediente del proceso que se le siguió, no dejan de sorprender la similitud de muchas de sus ideas con las que después veremos expresar a Bolívar, y aun giros y modalidades de expresión indicadores de la notable influencia que esta primera amistad ejerció en su formación.

La constelación bolivariana realizó el prodigio de su aparecer esplendente, del propio modo que se ordena y mueve la creación sideral de un sistema. Una incoercible aspiración difusa, de nebulosas vaguedades, esparcida en espacios inmensos, giraba desordenadamente en las más opuestas direcciones solicitada por mudables núcleos, hasta que sintió de súbito la irresistible atracción de un foco inmenso de prodigiosas radiaciones, llamando a sí las energías dispersas que, al caer en su seno, aumentaron la actividad ardiente, precipitaron la acción modelando la masa, y aventaron al horizonte cinco mundos en que se continúa el proceso vivífico bajo el hábito fecundante del sol que les dió el sér: ¡el espíritu de Bolívar!

Considerado individualmente, él no fue fruto común de una planta vulgar, sino la baya insigne que acendró, apurándolo, el vigor milenario de la cancosa encina vasca. Ciertos hombres, como algunos frutos, revelan una superación que sólo alcanzan organismos de larga persistencia y profunda raigambre entre el suelo rocoso que sostiene a una raza histórica.

Palabras del Maestro Valencia en San Pedro Alejandrino.

Don Vicente Lecuna traza en la introducción del "Proceso de Matos" el siguiente diseño de este personaje que tanta y tan poco estudiada influencia, hubo de ejercer en el mozo Bolívar: "En todos sus actos el capitán Matos revela su carácter, orgulloso, arrebatado, imprudente, enérgico; patriota ardiente, había inspirado amistad estrecha, años atrás, al adolescente soñador destinado a libertar la patria. Matos aspiraba a un régimen de libertad, de trabajo y de comercio, sin trabas, sin monopolios, sin estancos, sin pechos; régimen que en estas tierras inmensas y fértiles habrían producido un bienestar inusitado. Con gran valor cívico ni en la prisión cede a sus protestas....

No conocemos el desenlace de su proceso. Más adelante, en 1812, aparece de teniente coronel de la guarnición de Barcelona en la que servían José Antonio Anzoátegui y Antonio José de Sucre. Según tradición murió ese mismo año.